

**“El silencio que yo exigía  
cuando estaba ahí y enseñaba era,  
para mí, un medio importante  
para alcanzar mi meta.”**



## 13 ¡La disciplina es: estar ahí!

Los programas de televisión preferidos, tarde por la noche, son aquéllos que reúnen a expertos para debatir sobre temas de actualidad que nos preocupan. En estos programas, los temas escogidos tienen un interés particular pues ponen de relieve o señalan lo que conmociona nuestra sociedad. En el 2006, por ejemplo, en un programa de la televisión suiza se debatía sobre el uniforme y la disciplina en las escuelas.

¿Porte de uniforme y disciplina? ¿Acaso estamos en el ejército?

No vamos a discutir aquí sobre la necesidad de un uniforme en las escuelas. Pero sí, sobre la disciplina como condición indispensable para la enseñanza. ¿Por qué razón?

Nosotros, los humanos, somos unos seres sensibles que tenemos pulsiones. Casi constantemente resentimos emociones y arranques instintivos. Nuestra mente también se agita y nunca descansa. Hay un intercambio permanente entre una diversidad de pensamientos, recuerdos, representaciones, visiones futuristas e ideas. Cuanto más receptiva sea una persona, más fácilmente se dejará llevar por sus pulsiones internas y los estímulos del mundo exterior, y por eso corre el riesgo de que todas esas cosas dispersen su atención.

Para contrarrestar esto, todos poseemos una tendencia centrífuga que permite *concentrarnos*. Podemos renunciar a la diversidad de estímulos que se nos presenta instantáneamente y dirigir seriamente nuestra atención sobre una sólo cosa. De esta manera logramos profundidad y cimiento, tanto en lo que emprendemos, como dentro de nosotros mismos.

La diversificación y la concentración no son, de ninguna manera, polos equivalentes como por ejemplo: la actividad y la pasividad. En ningún caso tiene validez el lema : “Escoge una solución mediana, déjate distraer un poco por la diversidad reinante y no te pierdas en una concentración total.” Admito que renunciar a esto es una decisión ética fundamental. Estoy de acuerdo con las palabras de Angelus Silesius: “¡Hombre, hazte esencial!” podríamos decir también: ¡Hombre, encuéntrate a tí mismo! Respecto a esta tarea de importancia capital para nuestra vida, la constante “distracción o desviación de atención” es un peligro latente. Sólo si practicamos la concentración nos acercamos cada vez más a esa meta, pues únicamente de esta manera tomamos consciencia de lo que hacemos y nos comprometemos intencionadamente. La distracción, causada por estímulos internos y externos de los cuales no estamos conscientes, acontece sin que lo querramos. Nos llega sencillamente así porque sí. Pero si tomamos conciencia de esos estímulos que nos distraen y nos oponemos a ellos, dejamos de *sufrirlos* pasivamente y empezamos a *vivirlos* en el propio sentido de la palabra.

Todas las obras que el hombre imagina y crea se basan en la capacidad de contener las fuerzas centrífugas que hay en cada uno de nosotros y concentrarlas sobre una sólo cosa. Esto es válido también para “la obra personal” (Pestalozzi), la que cada uno debe realizar para lograr su *educación*. Pues también ella se alcanza sólomente por medio de la concentración sobre una tarea que se ha revelado necesaria en el marco del proceso educativo.

Claro, se me puede objetar, que si una persona pone su atención en un objeto diferente cada ciertos segundos, no deja de estar también concentrada en esos cuantos segundos. Pero su atención no se basa en un esfuerzo consciente, y por lo general tampoco conduce a una educación deseada. Lo que se requiere es la capacidad de concentración sobre un sólo objeto *durante largo tiempo*. Justamente, esta capacidad se llama “disciplina”. Por eso repito que no puede haber formación si se carece de disciplina.

La pregunta esencial es naturalmente: ¿Cómo puedo lograr que los alumnos adopten un comportamiento disciplinado y se concentren en lo que deben aprender? No hay respuestas simples, sin embargo ya es algo, si nos convencemos de que no sólo *podemos* exigir disciplina sino que *debemos* crearla nosotros mismos. Para ello debemos observar el primer requisito, es decir, no hay que perder de vista a nuestros alumnos durante toda la lección. Al hablarles, fijémonos que nos estén mirando. No sigamos

hablando si los alumnos conversan entre ellos o no prestan atención. Pues lo que decimos es siempre importante, de lo contrario, callaríamos.

Al arte de la enseñanza corresponde que no perturbemos la concentración alcanzada solicitando la atención de los alumnos distraídos o al reaccionar ante sus pláticas inoportunas. Proceder con cortesía, humor callado, una sonrisa, una mirada, un pequeño paso hacia el alumno distraído o parlanchín puede ser más eficaz que los regaños públicos y ásperos de los “culpables”. Sin embargo, no sería realista aspirar a la disciplina sin ejercer autoridad o querer imponer su poder de vez en cuando. Es cierto que después de una advertencia no es seguro que un alumno pueda verdaderamente concentrarse en su tarea, pero al menos se reducen las probabilidades de que distraiga de su trabajo a otros compañeros o a toda la clase.

Pero es también poco realista creer que la disciplina propicia a la formación sólo se puede alcanzar bajo presión y en una atmósfera de temor. La verdadera disciplina ocurre únicamente cuando el estudio de un tema suscita alegría y se vive como algo que *merece la pena*. Esto sólo acaece en una clase que responde a las necesidades individuales de cada alumno de acuerdo con su edad y así, en el sentido que le da Pestalozzi, está en *armonía o concordancia con su naturaleza*. Por esto debo repetir que no se puede alcanzar ninguno de los puntos que desarrollo en este libro de manera aislada. Una cosa se apoya en la otra. La enseñanza en armonía con la naturaleza del alumno es un organismo vivo.